

## Para una crítica de la sociología de la pobreza

EMIMÁNUEL LIZCANO



En los países andinos existe una forma comunal de trabajo, *la minga*, donde amigos y vecinos abandonan, de mutuo acuerdo, sus faenas habituales para poner mano común en un trabajo de interés común: abrir un camino, levantar la escuela, edificar nuevas viviendas o construir un canal. No recurren para ello a los «organismos oficiales pertinentes» ni a ninguna forma «normal» de contrato laboral. Basta que la comunidad sienta determinada necesidad, para que ella misma ponga en juego las fuerzas y habilidades de sus miembros y sus propias riquezas naturales. Hasta las mujeres, ancianos y niños saben hacerse útiles. La minga es una fiesta. En ella, la comunidad crea y se re-crea; edificando el objeto de su necesidad, a sí misma se edifica; se re-encuentra y consolida. Los que para cualquier observador exterior no serían sino «pobres indios» (pues incurrían en todos los criterios de pobreza al uso) no carecen

de nada, pues saben, quieren y pueden poner los medios para atender la falta que ellos mismos acusaron.

Un pequeño valle de la sierra ecuatoriana fue el lugar elegido por una «institución benéfica» para extender las fronteras de su lucha contra la pobreza. ¡Esos pobres indios trabajando todo el día sin el menor ingreso ni salario! Y resuelta a que de su mano les llegara ese «derecho natural» a una «remuneración suficiente» por el trabajo, decidió establecer «gratuitamente» un «salario digno» para *cada uno* de los participantes en la minga. Los pobres indios (sin saberlo, ahora sí que empezaban a serlo), siempre tan agradecidos, fueron cobrando su salario... e identificándolo con la gratificación debida por su labor (ya no co-laboración) en la minga. Cuando tan generosa ayuda dejó de prestarse (prescindamos ahora de las causas, incluso de la posible premeditación de tal medida), ningún indio quiso ya volver a ninguna minga que no respetara *su* «derecho a un salario». La escuela se quedó sin acabar de construir y cada nueva vivienda pide ya su precio en jornales. La esclavitud al salario, la irresponsabilidad y la miseria reinaban ya donde una sabia y ancestral estructura comunal había sabido conjurarlas.

Una errónea concepción de la pobreza puede provocar estragos, e incluso —como acabamos de ver— llegar a crearla allí donde durante siglos había sido desconocida. ¡Qué duda cabe que, en ocasiones, la lucha contra la pobreza es una lucha frontal contra los pobres (sus estilos de vida, sus vidas mismas), cuyo exterminio elimina la amenaza, más o menos latente, que suponen! No faltan los expertos que, al menos, tienen el valor de reconocerlo así: «Todos los que pertenecemos a la clase media mostramos una actitud notablemente ansiosa y defensiva en presencia de aquellos cuyo modo de vida es más primitivo y violento que el nuestro. Nos sentimos amenazados, y nuestra respuesta es el rechazo, no la aceptación. Ésta sólo la lograremos cuando nos convenzamos de que actuando así reducimos la amenaza»<sup>1</sup>. Pasemos, pues, a ocuparnos de aquellos que al rechazo primario han antepuesto la aceptación del problema y su estudio en términos socioeconómicos o antropológicos, que por su carácter científico se tienen por desapasionados y objetivos.

En este ámbito son dos las conceptualizaciones habituales de la pobreza. Una la define como *carencia*; la otra, en función de criterios de *desigualdad*. Adam Smith nos brinda un ejemplo clásico del primer planteamiento al considerar pobres a aquellos que «carecen no sólo de los productos indispensables para sobrevivir, sino también de todo aquello que a las gentes honestas, incluso de la última clase del pueblo, no puede *faltar* sin *faltar* a la decencia»<sup>2</sup>. Esta pobreza que es falta supone, en primer lugar, un pobre concebido en términos de ausencia, vacío, receptáculo paciente en el que verter aquello que venga a colmar el hueco en que consiste su propia

## NOTAS

1. Thomas Gladwin, *The anthropologist's view of poverty*, Columbia University, Nueva York, 1961, p. 86.
2. Adam Smith, *Recherches sur la nature et les causes de la richesse des nations*, to. 2, Paris, 1881, p. 545.
3. E.F. Frazier, *The negro family in the U.S.*, University of Chicago Press, Chicago, 1966, p. 255.
4. Oscar Lewis, *La vida*, Joaquín Moritz, México, 1969.

esencia: el ser del pobre es un no-ser (así el no-ser de los ingresos o de la capacidad de consumo de los indios de nuestro ejemplo). Pero ¿qué es *eso* que ha de venir a rellenar su ausencia constitutiva? Evidentemente, eso que poseen los no-pobres y de lo cual aquéllos *aún* adolecen, eso que a «las gentes honestas no puede faltar sin faltar a la decencia»: ya tenemos los valores particulares de la clase media convertidos en pauta universal (basta que los científicos sociales posteriores, más avisados, omitan términos tan sesgados como el de «honestidad» y sustituyan otros tan a-científicos como «la decencia» por «conceptos objetivos» como «la sociedad global»). El tercer eslabón —junto a la reducción del pobre a mero paciente y la implícita valoración positiva de la transferencia de bienes y valores de la clase media en la cima de la pobreza— de la cadena viene exigido por la existencia de los dos anteriores: el agente que promueva y administre la operación de llenado. Si la clase media y sus valores se escondían tras el segundo, aquí es la tecnoburocracia, como clase emergente, la que afirma la necesidad de su dominio a través de la racionalización de la gestión de unos bienes supuestamente neutros. Desde su control de los resortes de estudio, planificación y administración, los pobres volverán a ser una resistencia a vencer, esa «pesada carga a la paciencia de los trabajadores sociales que constantemente ven interrumpidos los planes que forjaron para ellos»<sup>3</sup>.

Si nos fijamos ahora en la reduplicación, seguramente involuntaria, aunque por ello aún más significativa, del término «faltar» en el texto paradigmático de A. Smith, observamos cómo lo que les *falta* a los pobres acaba siendo *falta de* los tales, lo que no les puede faltar sin faltar a la decencia. A ese deslizamiento lingüístico corresponde otro inconsciente: les falta, «luego» (o «porque», es decir, «o sea») han faltado, luego son culpables. Aquello de lo que tienen carencia o *defecto* es así *su defecto*, ya entendido como imperfección, vicio, patología o delito, ya como defeción a un proyecto social que olvida su particularidad para erigirse en global. Nada más lógico, pues, que la lucha contra una pobreza así entendida se resuelva en una combinación de medidas técnicas y policiales. El capítulo de faltas detectadas es innumerable: espíritu de trabajo y perseverancia en el empleo, salud física y mental, rendimiento escolar, ingresos fijos y capacidad de consumo, sentido de la responsabilidad, estabilidad familiar, capacidad comercial, coherencia como base electoral... Hasta alguien tan poco sospechoso de insensibilidad respecto al problema como Oscar Lewis<sup>4</sup> acabará no viendo más que faltas, todas ellas ya encerradas en la falta sustancial sobre la que se piensa la pobreza: falta de una «organización mínima», por el hecho de privilegiarse las redes de organización informal (clan, vecindario, pandilla, banda...), tan despreciadas, cuando no temidas, por las clases dominantes; falta de «capacidad para diferir la sa-

3. *Anthropology*, Columbia, 1961, p. 31.

4. *Recherches sur la richesse des nations*, p. 545.

5. *The Family in America*, Chicago, 1955, p. 255.

6. Joaquín

tisfacción», que bien hubiera podido entenderse como «capacidad para una satisfacción inmediata» si ello no estuviera en flagrante oposición a un sistema de valores basado en su condena; falta de «capacidad para planear el futuro», valor tan típicamente tecnocrático; «confusión de la identidad sexual», por no compartir a menudo una muy determinada distribución de roles sexuales, etc.

Y entramos así en el segundo concepto clave en la caracterización de la pobreza, el de *desigualdad*, que comprende al anterior, si bien ilustrándolo con nuevos matices. Este criterio presupone, implícitamente, toda la ideología liberal burguesa sobre la sociedad; una sociedad constituida por elementos atómicos o individuos (propietarios, consumidores, votantes...) desvinculados entre sí y adicionables hasta formar un *continuum* social jerarquizado o graduado desde sus niveles (de ingresos, de capacidad adquisitiva, de consumo educativo...) más bajos hasta los más elevados, y, por tanto, medible según el patrón de una escala única y homogénea. ¿Cuál será el punto de referencia desde el que apreciar lo alto y lo bajo, lo más o menos des-igual? Una vez más, aparece el «hombre medio», el hombre tipo de una «clase media» que ha generalizado su arquetipo hasta imponerlo como normalidad, como criterio objetivo de medida. Nada más lógico, pues, que sea la «media» —la media estadística ahora— y la dispersión respecto a ella el indicador objetivo —¡matemático!— de pobreza. La sociedad se resume en su ideal: el hombre medio, la media. Para el Centro de Investigación y Documentación para el Consumo francés, el umbral de pobreza lo daría «la mitad del salario medio que gana un hombre empleado en la industria, trabajando todo el año a tiempo completo» (¡aquí tenemos el ideal!). Comparémoslo con el criterio considerado por Galbraith: «La gente es agobiantemente pobre cuando sus ingresos [...] caen netamente detrás de los de la sociedad; entonces no pueden tener lo que para el resto de la sociedad es el mínimo necesario para la decencia»<sup>5</sup>. Dejando a un lado la reincidencia en las valoraciones morales como «la decencia» smithiana, no puede quedar más manifiesta la triple identificación mencionada: una muy particular concepción de la sociedad, su idealización en el hombre medio y su confirmación/ocultación en una formalización estadística que, aliada natural de la clase media, consagra sus valores hasta el rango de la objetividad.

\* Estas líneas resumen la aportación del autor a la investigación que sobre *La pobreza en España: sus causas* realizó el Instituto de Sociología y Desarrollo del Área Ibérica para la Fundación Agape.

## NOTA

5. J.K. Galbraith, *The affluent society*, Penguin Books, Londres, 1963, p. 261.

Er  
por a  
nar e  
los pe  
pend  
cen r  
políti  
de ac  
terion  
y a la  
Evl  
pero  
cuenc  
propi  
mico  
Pa  
el pa